

KATHRINE SWITZER

LA MARATONIANA

LA CARRERA QUE REVOLUCIONÓ EL DEPORTE FEMENINO



LA MARATONIANA
LA CARRERA QUE REVOLUCIONÓ
EL DEPORTE FEMENINO

Kathrine Switzer



© **Kathrine Switzer, 2017 del texto original.**
Publicado originalmente bajo el título *Marathon Woman*.

© **Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2022.**

Gordoniz 47B
48012 Bilbao
info@librosderuta.com
www.librosderuta.com

Primera edición: marzo 2022

Autora: Kathrine Switzer

Traducción: Elisa Fernández Vic

Edición: Eneko Garate Iturralde y Begoña Castaño Irazabal

Foto de portada: Bettman, vía Getty Images.

Fotos interior: por cortesía de Kathrine Switzer

Diseño portada y maquetación: Amagoia Rekeró García

ISBN: 978-84-122776-2-3

eISBN: 978-84-122776-3-0

Depósito legal: BI-849-2021

Impreso en España por Leitzaran Grafikak

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO. Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte, así como del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco en su convocatoria de ayudas a la edición promovidas en el año 2021.



DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO
Y FOMENTO DE LA LECTURA



Para Roger Robinson
«¡Alegraos, vencimos!»

ÍNDICE

Introducción

Parte I: Base

Una larga saga de pioneros

«La vida es para participar, no para mirar»

«¿Puedes correr una milla?»

«Creo que me he librado de ella»

«¡Vas a echar a esa chica a perder, Arnie!»

Parte II: Carga progresiva

«¡Puedes correr la maratón de Boston!»

«¡Lárgate de mi carrera y dame el puto dorsal!»

Después de la carrera

Señora Robinson

La tortuga y la liebre

PARTE III: Puesta a punto

«¿Has corrido una maratón antes?»

Por fin oficiales

«Me voy en jet; no sé cuándo volveré»

Sola en Nueva York

«¿Por qué querrían pagarnos dinero para patrocinar nuestra maratón?»

Esto era solo el principio

Un trabajo muy, muy duro

La mágica barrera de las tres horas

¡Marca personal!

PARTE IV: Calentamiento

El último baile

Una nueva carrera

La primera maratón internacional de Avon

Conquistando el mundo

Confluencia

PARTE V: La carrera

Londres: La carrera decisiva

PARTE VI: El paso adelante

Los Ángeles, 1984: La gran carrera

Otras voces

INTRODUCCIÓN

¡Cincuenta años! ¿Quién podría imaginar que hace cincuenta años que corrí la maratón de Boston por primera vez y un incidente durante aquella carrera cambió la vida de millones de mujeres?

Me parece que fue ayer. Y aun así, mientras me entreno para volver a estar en la línea de salida cincuenta años más tarde, mi cuerpo me lo recuerda cuando le pregunto por qué va tan despacio. «Ya no tengo veinte años, tengo setenta, ¿lo pillas?», me grita en respuesta.

Me parece que fue ayer cuando el periodista agresivo del camión de prensa se puso a mi lado en el kilómetro cinco y me preguntó qué estaba intentando demostrar. Le respondí que no estaba intentando demostrar nada, que solo quería correr. Y durante cincuenta años, eso es lo que he hecho. A decir verdad, correr me lo ha dado todo: salud, trabajo, confianza, creatividad, religión, amor, libertad y valor. A cambio, le he dado mi completa gratitud; de hecho, le he dado mi vida entera.

Me parece que fue ayer cuando el periodista en la línea de meta insinuó que mi participación en la carrera era solo una broma, que las mujeres de verdad no corren. Recuerdo que le respondí de manera tranquila y deliberada: «Llegará el día en que el atletismo femenino sea tan popular y tan publicitable como el masculino». Todavía me impresiona

que una chica de veinte años tuviera el valor de decir eso, pero acababa de correr una maratón, y cualquiera que lo haya hecho sabe que el proceso te da una claridad y una visión brutales, por no hablar de la determinación. Cuando acabé esa carrera, sabía que iba a dedicar gran parte de mi vida a crear oportunidades para que las mujeres pudieran correr. Y el resultado ha sido nada menos que una revolución social.

En la actualidad, el 58 % de las personas que corren en Estados Unidos son mujeres, y la tendencia está creciendo a nivel global. ¡Y he vivido para verlo! Y aunque la gran mayoría de las corredoras dicen que no son competitivas, es muy reconfortante saber que este año, en el cincuenta aniversario de mi carrera, el 50 % de las personas que van a correr la maratón de Boston (que exige alcanzar una marca exigente para clasificarse) son mujeres. El crecimiento del atletismo femenino y su consiguiente impacto social han alcanzado cotas sin precedentes durante la última década, lo que implica que este libro es más significativo hoy que cuando se publicó por primera vez.

Cuando las mujeres ordinarias corren, se vuelven extraordinarias. Para las mujeres, correr es una experiencia transformadora. Es instantáneamente empoderante, para todas las mujeres, en cualquier momento. Y esa es la historia que cuenta este libro: cómo una chica ordinaria empezó a correr, se empoderó, y consiguió lo imposible. Muchas de vosotras, mujeres «ordinarias» (y hombres), os habéis puesto en contacto conmigo y me habéis contado vuestros secretos más preciados, como si estuviéramos corriendo juntas. Me habéis contado cómo pasasteis de correr un par de kilómetros al día a acabar una maratón, cómo vuestras vidas cambiaron gracias a mi historia y a vuestras carreras,

cómo dejasteis de fumar, perdisteis cuarenta y cinco kilos, subisteis el pico Pikes corriendo y dejasteis a vuestra pareja maltratadora. Cómo os encontrasteis sin nada más en la vida que correr, y aun así, fue correr lo que os puso en camino para recuperar a vuestros hijos, graduaros en la universidad y encontrar un trabajo decente. Cómo, de todas maneras, tampoco queríais todo lo que dejasteis atrás. Cómo os identificasteis tanto con mi historia que os pusisteis un dorsal con el número 261 en la espalda cuando corrísteis vuestra primera maratón, y después os lo dibujasteis en la muñeca y os lo tatuasteis en el tobillo y me ayudasteis a fundar una organización benéfica, un movimiento global de empoderamiento para mujeres que corren de todo el mundo llamado 261 Fearless (261 sin miedo). Y ahora, un grupo de vosotras, las mujeres de 261 Fearless, estaréis conmigo en la línea de salida el 17 de abril de 2017 para correr y celebrar juntas cincuenta años de trabajo y de triunfos, y para avanzar con valor hacia el futuro.

Oh, sí. Esas sois vosotras, esas mujeres excepcionales. Ya sea que os estéis atando los cordones de las zapatillas por primera vez o lo hayáis hecho quinientas veces antes, me encanta que compartáis este viaje conmigo.

Gracias por todo lo que habéis hecho por mí, por las mujeres de todo el mundo... y por vosotras mismas.

Kathrine Switzer
Marzo de 2017

PARTE I: BASE

Para los corredores de fondo, el entrenamiento de base es como los cimientos en los que se sustenta su forma física. Es el núcleo fundamental que te permite desarrollar la capacidad de llegar más lejos y ser más rápido. Y con un poco de suerte, también ayuda a prevenir las lesiones.

UNA LARGA SAGA DE PIONEROS

—Aquí tienes unos papeles. Guárdalos y enséñalos a tu médico cuando llegues. Y aquí tienes otros. Enséñale estos a las autoridades cuando vayas a subir al barco. Buena suerte.

Mi madre, Virginia, recogió los papeles y le dio las gracias al médico.

Estaba embarazada de casi ocho meses de mí y se disponía a embarcar en el primer barco que llevaba a familiares de miembros del ejército a una Europa devastada por la guerra. Allí iba a reunirse con mi padre, a quien no había visto en siete meses. Corría el mes de noviembre del durísimo invierno de 1946. Si no iba entonces, quizás nunca podría hacerlo, porque viajar con un bebé recién nacido y con mi hermano Warren, de dos años, era mucho más difícil que viajar embarazada y con un solo niño. El médico había sido comprensivo y le había dado a mi madre unos papeles para las autoridades en los que ponía que estaba embarazada de solo seis meses y por tanto podía viajar... por los pelos.

En mitad del Atlántico, el viejo barco de vapor reacondicionado se averió y se quedó flotando de aquí para

allá durante nueve días, mientras esperaba a que les remolcaran. A mi madre no le preocupaban las minas sin detectar, los mareos constantes o la idea de que yo naciera en alta mar, pero sí que le remolcaran de vuelta a Nueva York. En vez de eso les llevaron a Bremerhaven, donde les esperaba un tren para llevar a todos los pasajeros, mujeres y niños, a Alemania.

Viajar para encontrarte con alguien a quien amas es una cosa magnífica. Puedo imaginarme el reencuentro de mis padres; mi padre, un gigante llamado Homer, recogiendo a mi diminuta madre y riéndose de cómo había cambiado desde la última vez que se habían visto. Está bien tener un amor así cuando vas a un sitio complicado, porque mi madre estaba horrorizada de lo que veía en Alemania. Ciudad tras ciudad en ruinas, pilas de cascotes por todas partes, grupos enormes de personas sin techo y desplazadas por la guerra apiñándose en las calles... Parecía que todo el mundo tenía hambre y buscaba refugiarse del frío inclemente.

Por aquel entonces mi padre era comandante del Ejército, y una de sus tareas era organizar campos de desplazados para acoger a estas personas hasta que pudieran encontrar a sus familiares, volver a casa o empezar una nueva vida. Ser una familia unida era importante para mis padres; ellos lo eran, querían ayudar a otros a serlo y querían transmitírselo a sus propios hijos.

Para empezar, mi madre reclutó a una niñera entre el grupo de personas desesperadas que estaban junto a nuestra casa para que cuidara de mí, que estaba a punto de nacer. La niñera, Anni, preguntó si podía traer a una amiga para que fuera nuestra cocinera, y después el hermano de Anni apareció para trabajar de empleado doméstico, y enseguida teníamos un profesor de piano (había un piano de cola en la casa) y un sastre para hacernos la ropa. La

mayoría de estas personas vivían en nuestra casa. Mi madre, el Plan Marshall unipersonal, compartía todo lo que tenía, incluso la calefacción, que era terriblemente escasa.

De hecho, hacía tanto frío en el hospital militar donde nací que me pusieron en una incubadora, para gran diversión del personal, ya que pesaba más de cuatro kilos y medía casi sesenta centímetros. Mi padre rellenó el certificado de nacimiento y con la emoción escribió mal mi nombre. Se olvidó de la «e» de en medio y el resultado fue Kathrine. A mi padre, que medía 1,95, le gustaba que yo tuviera las piernas largas. Pensaba que sería genial que yo también fuera alta de mayor, y dijo con un poco de picardía que ya que me habían concebido después de una animada fiesta de fin de la guerra en el Derby de Kentucky, a lo mejor acababa siendo un caballo de carreras. Qué curioso.

En realidad ni siquiera aprendí a andar hasta los dieciocho meses, y mis padres estaban bastante preocupados. No tenía ganas de caminar. ¿Para qué molestarme, si tenía a *meine Anni* para llevarme a todas partes? Anni me adoraba. Yo era la hija que estaba segura de que nunca tendría, porque en Alemania quedaban pocos hombres jóvenes vivos y ella ya tenía veintiocho. Era como una segunda madre para mí, y una maravillosa hermana para mi madre, que estaba muy ocupada ayudando a mi padre.

Un día, mi padre le dijo a Anni que había un baile en el pueblo de al lado y que tenía que ir. Anni se hizo la remolona: no tenía manera de llegar hasta allí y nada que ponerse. Mi madre le dejó un vestido de fiesta y mi padre la llevó en su todoterreno. En el salón de baile, un joven acordeonista llamado Heinz vio entrar a Anni y pensó que llevaba el vestido más bonito que había visto nunca. Se conocieron y empezaron a salir.

Fue una gran suerte porque, tres años después, cuando llegó la hora de irnos de Alemania, mis padres querían llevarse a Anni con nosotros, pero el sistema de inmigración de Estados Unidos solo permitía traer a miembros de la familia. La despedida fue devastadora para todos, especialmente para mí. Lloraba a gritos y trataba de arrastrarme de vuelta a ella, hasta que finalmente mi padre, llorando como todos los demás, tuvo que arrancar el coche, dejando a Anni en la carretera con Heinz apoyándola a su lado.

Finalmente, Anni y Heinz se casaron y se establecieron en lo que se convertiría en Alemania del Este, aislada bajo el régimen comunista. Por miedo a las represalias, mis padres dejaron de escribirse con Anni y Heinz. Durante cincuenta años, nos preguntábamos todas las Navidades dónde estaría Anni, y brindábamos por ella. Fue mi primera experiencia de una gran pérdida, y aunque tenía cerca el amor de mi familia, me dejó sintiéndome vulnerable. No me gustaba que me dejaran sola. Pero dos años más tarde, cuando mi padre se fue a la guerra de Corea, vi que tenía que acostumbrarme a ello, porque a lo mejor era una cosa permanente. A día de hoy pocos estadounidenses se acuerdan de la guerra de Corea, pero fue terrible, como todas las guerras, y mi padre estuvo en el campo de batalla. Estuvo fuera dieciocho meses. Cada mañana, antes de ir al colegio, mi madre leía en voz alta la lista de muertos y desaparecidos en combate del *Washington Post*. A los cinco años, yo no entendía el proceso de notificación a familiares y pensaba que era así como te enterabas si tu padre había muerto. No sabía qué pasaría, pero sabía que tenía que ser muy fuerte para el día en que ocurriera.

Mi madre era sensible, amable y femenina, y no le tenía miedo a absolutamente nada: ni a la guerra, ni a las arañas, ni a las cosas que hacen ruidos de noche. No es que su

aplomo e iniciativa me inspiraran, es que era un ejemplo tan fuerte que simplemente me daba vergüenza tener miedo. Cuando mi padre volvió de Corea, me estaba volviendo autosuficiente y estaba preparada para empaparme de sus muchas historias sobre la fuerza y la determinación de nuestros antepasados.

Escuché una y otra vez cómo nuestros ancestros protestantes viajaron al Nuevo Mundo en 1727 para escapar de la persecución religiosa, los impuestos abusivos y el servicio militar obligatorio, en busca de una vida decente, pacifista y temerosa de Dios como granjeros holandeses en Pensilvania. Las historias seguían sus pasos hacia el oeste, a medida que iban haciendo sus granjas en los Territorios del Noroeste (ahora Illinois), y siempre mencionaban a W. H. (Washington Harrison) Switzer, que se fue de casa (andando, no corriendo) para incorporarse al Ejército de la Unión. En la década de 1870, después de la Guerra Civil, se fue con su mujer y sus tres hijos a Dakota del Sur, a cultivar las tierras que le habían concedido como recompensa a sus servicios en el Ejército. El sueño de tener su propia granja, o incluso un rancho, merecía trabajar duro toda la vida y correr un gran riesgo personal. Me contaron que era importante dejar siempre un sitio mejor para las generaciones venideras.

Nadie de mi familia o de mis ancestros es temerario, más bien al contrario, pecamos de prudentes o incluso de prepararnos demasiado. A pesar de ello, a W. H. le sorprendió un invierno diabólico en Dakota del Sur, negro y lleno de tormentas de nieve. La familia tuvo que refugiarse en una choza de tierra semisubterránea. La historia de cómo sobrevivieron a base de comer tubérculos, salar la carne de la última vaca y derretir hielo para beber se convirtió en leyenda. Dos años más tarde volvieron a su granja de Illinois, no como fracasados, sino triunfantes por

haberlo intentado. Al final, W. H. y su mujer tuvieron once hijos, y diez de ellos llegaron a la edad adulta. Era un logro inconcebible entonces e incluso ahora, ciento treinta años más tarde. W. H. murió en su cama a los ochenta y ocho años de edad. Por eso, de pequeña jamás se me ocurrió preguntar por qué alguien abandonaría la seguridad para ir en pos del sueño de algo mejor, o pensar que algo era demasiado difícil para intentarlo. La determinación estaba en los genes de los Switzer.

Mis padres aprendieron estas historias durante la Gran Depresión. Se criaron en granjas en un pueblo pequeño, y no tenían un duro. Pero estaban tan decididos a ir a la universidad que se pelearon por becas y trabajaron todo lo que hizo falta para conseguirlo. Fueron los primeros de sus familias en tener una educación superior. Estuvieron prometidos durante siete años, hasta que se sintieron lo bastante seguros económicamente como para casarse. Entonces, mi madre fue al centro de salud de la universidad para que le dieran un diafragma y así poder planificar su familia. No dejaban nada al azar. A mi hermano y a mí nos criaron con las mismas expectativas y sin nada de favoritismo, lo que era increíble en aquella época. En nuestra familia era obligatorio que los dos fuéramos a la universidad. No se me permitía conformarme con menos, y que Dios me ayudara si echaba a perder esa oportunidad. La perseverancia, la paciencia y la gratificación aplazada también estaban en nuestros genes.

Los hombres de la familia siempre fueron grandes. No, enormes. Mi padre era tan grande que cuando era pequeña le confundía con Dios, porque decían que Dios era un hombre grande que te miraba desde el cielo. Todos se acercaban al metro noventa como poco, eran corpulentos y tenían una fuerza tremenda. Hubieran sido grandes deportistas, pero no tenían ni tiempo ni dinero, así que la

idea no solo era inconcebible, sino extravagante. Estaban orgullosos de su fuerza y le daban un buen uso. De verdad, podían hacer cualquier cosa. Las mujeres que escogían como esposas eran sus iguales; femeninas, pero capaces y decididas. Me críe en los años 50 y principios de los 60 en los barrios residenciales de Chicago y Washington D. C. Las madres de mis amigos solían quedarse en casa, jugar al bridge y recibir a sus maridos en la puerta con una bebida fría. Mi madre también solía prepararle un Martini a mi padre y recibirle en la puerta, pero solo después de volver a casa tras un ajetreado día como profesora y orientadora y ponerse un vestido ajustado. Podía hacerlo todo, y mi padre la respetaba muchísimo. Además, su sueldo era un recurso importante.

Crecí trepando cuerdas y árboles, jugando a la guerra con los niños del vecindario (y corriendo más que casi todos) y saltando del tejado para demostrar que yo también podía ser paracaidista. Cuando los niños tenían que escoger equipos, era la primera chica a la que elegían. Y cuando mi hermano mayor me ganaba en los deportes (o sea, siempre), nunca pensaba que era porque él era un chico, sino porque era mayor. Al mismo tiempo, adoraba llevar vestidos con volantes, me tomaba muy en serio lo de jugar a las muñecas con mis amigas y tenía un flechazo terrible por el vecino de al lado. Me encantaba bailar las lentas con él cuando mi colegio hacía un baile para niños.

Era digna hija de mis padres. No tenía más modelos que ellos y mi hermano, y quizás eso fue una suerte. Pensaba que el mundo era un lugar emocionante, en el que podía ser femenina y fuerte, decidida y soñadora, metódica y atrevida, y al mismo tiempo cumplir con las expectativas de mi familia de mejorar la situación para la próxima generación. Venía de una larga saga de pioneros, no famosos, pero sí infatigables. Y no quería decepcionarles.

«LA VIDA ES PARA PARTICIPAR, NO PARA MIRAR»

—¡Oh, por Dios, cariño, no me digas que quieres ser animadora! Son tan... bueno, tan tontas —dijo mi padre mientras cenábamos.

Tenía razón; yo también pensaba que eran bastante descerebradas. Ni siquiera se sabían las reglas del juego; se ponían a corear cosas como «primero y diez, hazlo otra vez» cuando acabábamos de perder el balón. Pero aun así, iba a hacer la prueba para el equipo de animadoras júnior del Instituto Madison. Ser animadora era como tener un pasaporte para que te consideraran guapa y popular y para salir con el capitán del equipo de fútbol. Yo era flaca, tenía el pelo encrespado, llevaba gafas y, lo peor de todo, estaba plana. Tenía la esperanza de transformarme milagrosamente y pensaba que quizá lo conseguiría siendo animadora.

—No quiero que te dediques a merodear por los vestuarios esperando a los chicos —dijo mi madre, mirándome por encima de las gafas de leer.

—¡Las animadoras no se dedican a esperar a los chicos! —dije.

—Sí que lo hacen —dijo mi hermano.

Vaya, muchas gracias, pensé.

—Que no.

—Que sí.

Mi padre nos interrumpió:

—Sabes, cariño, no deberías quedarte al margen animando a los demás. La gente debería animarte a ti. Se te dan muy bien los deportes. Te encanta correr y marcar goles y planear estrategias.

Mi padre era buenísimo haciendo cumplidos cuando quería convencerte de que hicieras las cosas a su manera. Puse mala cara.

—El juego de verdad está en el campo. La vida es para participar, no para mirar. Tu escuela tiene hasta un equipo femenino de hockey sobre hierba. Deberías presentarte, darlo todo y ser una líder.

Era verdad que me encantaba darlo todo jugando, pero las únicas chicas que veía en los equipos eran unas marimachos; nadie les pediría salir ni en un millón de años. Pero no quería decir eso, porque le estaría dando la razón a mi madre.

—No sé jugar a hockey sobre hierba. Nunca me cogerán para el equipo —dije. Y era verdad: ni siquiera había tocado nunca un palo de hockey.

—¡Eso es fácil! Lo único que tienes que hacer es ponerte en forma. Solo tienes que correr una milla al día y cuando llegue la temporada de hockey, estarás lista.

—¿Una milla? ¿¡Correr una milla al día!?! —De verdad, no me lo creía. Era como si me hubiera dicho que escalara el Kilimanjaro. Una milla era muy lejos.

—Mira, te voy a enseñar cómo hacerlo. —Cogió lápiz y papel—. Nuestro patio es algo menos de un acre... mmm, unas cuarenta y cinco yardas por ochenta y cinco. Así que, ¿cuántas yardas mide el perímetro?

Hice mis cálculos.

—Unas doscientas sesenta yardas.

—Vale, eso son unos 238 metros. ¿Y cuántos metros tiene una milla?

—¡Mil seiscientos nueve!

—Perfecto, solo quería ver si lo sabías. Vamos a ver... — El lápiz volaba sobre el papel—. Serían siete vueltas al patio.

—Eso es mucho —refunfuñé.

—Podrías hacerlo ahora mismo, según sales por la puerta. De todas maneras, al principio tienes que ir despacio, y poco a poco irás mejorando. Qué demonios, yo entrené a un batallón entero y muchas veces marchábamos campo a través cuarenta kilómetros al día. Y yo tenía que ir corriendo adelante y atrás y cargar un montón de mochilas de los rezagados para que el grupo no se dispersara.

Mi padre siempre conseguía mostrar cómo conseguir cosas difíciles yendo poco a poco, y siempre daba algún ejemplo extremo y motivador que demostraba que, de todas maneras, no era tan difícil. Era una fórmula fantástica, y después venía lo mejor: ponerte un reto.

—Te lo prometo, si corres una milla al día durante todo el verano, en otoño te cogerán en el equipo.

Fue una gran maniobra de distracción; nunca volví a mencionar lo de ser animadora.

Al día siguiente me dispuse a correr las siete vueltas al patio. Fui trotando muy despacio, porque estaba segura de que no iba a acabar nunca; de hecho, iba arrastrando los pies. El césped del patio estaba lleno de baches y desniveles, y la parte de atrás, más silvestre, tenía un montón de rocas y tocones. Me sentía torpe y sin aliento y sabía que seguramente parecía bastante idiota. ¡Y hacía muchísimo calor! Estaba completamente roja. Pero aguanté y lo conseguí. Lo conseguí a la primera, tal y como había

predicho mi padre, y me sentí... bueno, me sentí como la reina del mundo.

Ha habido varios momentos decisivos en mi vida, y la conversación con mi padre durante aquella cena fue el primero. Sabía que estaba empezando la época del instituto a trompicones y, como muchos preadolescentes, tenía dificultades con mi identidad, mi autoestima y mi sexualidad. Uno de los retos más difíciles había empezado a los cinco años, cuando mis padres me metieron en un programa educativo especial que iba adelantado. El problema de empezar el colegio a los cinco es que solo tienes doce al llegar a octavo, y mientras todo el mundo está llegando a la pubertad, tú sigues siendo una niña. Encima, octavo era el primer año de instituto, y al estar en este programa adelantado, estaba yendo a clases como álgebra con gente de diecisiete y dieciocho años. En una clase me sentaba al lado del capitán del equipo de fútbol, que era todo un cachas, y no sé quién se sentía más idiota, si él o yo. Pero el caso es que muchos de aquellos chavales eran ya adultos jóvenes, preparándose para trabajar, ir a la universidad o casarse, y yo seguía jugando con muñecas.

Me sentía como solo puede hacerlo una niña entre adultos: no es que no fuera capaz de estar a la altura, es que no tenía ni idea de qué demonios estaba pasando, ni a nivel social ni académico. Todavía me quedaba mucho para la pubertad. No sabía nada sobre sexo, así que deduje que el secreto para ser aceptada socialmente era llevar sujetador y usar pintalabios. Para poder dar la talla le supliqué a mi madre, que estaba en contra, que me comprara un sujetador para principiantes (al que le puse relleno) y un pintalabios de Tangee en tono *nude*. Ahora que soy adulta, me doy cuenta de lo insidiosas que pueden ser esas presiones para una chica joven, y veo por qué mis

padres querían que siguiera siendo una niña todo el tiempo posible.

Y en los estudios, era la misma historia. A veces, un cerebro de doce años no está preparado para algunos conceptos, como la «incógnita» en álgebra (¿qué incógnita?, ¿tendría algo que ver con ir de incógnito?) o la estructura del lenguaje. Después de mi primera clase de francés, entré en pánico porque no tenía ni idea de qué significaba «conjuguar». Pero ¿qué iba a hacer si no? Repetir no estaba en los planes; por aquel entonces se consideraba una vergüenza, y aunque mi madre, que era profesora, se daba cuenta de mis dificultades, estaba encantada de que fuera a clases avanzadas. No podía decir que era demasiado difícil, porque eso no era aceptable en una casa en la que nada era «demasiado difícil». Si tenías una oportunidad, tenías que estar a la altura y tirar para adelante. Y eso fue lo que hice, a menudo recurriendo a la memorización pura y dura.

Por suerte, en nuestra familia nos apoyábamos muchísimo, y todas las noches teníamos conversaciones muy animadas a la hora de cenar. Los fines de semana trabajábamos juntos en la casa o en el patio, en vacaciones nos íbamos un montón de días de acampada y, durante todas nuestras vidas, siempre celebramos juntos las ocasiones felices. Así que cuando empecé a correr mi milla al día, era natural que me dijeran un montón de veces «¡así se hace!». Y esto me venía realmente bien, porque la gente (por ejemplo, el lechero o el cartero) me veía dar vueltas al patio corriendo y me preguntaba si todo iba bien en casa, y después llamaban a la puerta para preguntarle a mi madre si había algún problema. Mis amigas me decían que no debería correr, porque sus padres les decían que las piernas se me pondrían gordas y me saldría bigote. Nos

acostumbramos a que el resto de la gente me encontrara rara, pero en casa todo estaba bien.

Las millas fueron acumulándose, día tras día. Por razones aparentemente inexplicables, un día la milla me resultaba fácil y otros días parecía que no iba a terminar nunca. La mayor parte del tiempo estaba tan perdida en mis pensamientos que tenía que llevar una tiza para ir haciendo marcas en un árbol y recordar cuántas vueltas llevaba. Daba igual lo mucho que me costara o las pocas ganas de correr que tuviera ese día: después, siempre me sentía mejor. Y algunas veces, eso era lo que me motivaba para salir por la puerta. Lo mejor era el final de cada día, cuando tenía un sentimiento muy fuerte de haber conseguido algo medible y definible. Todos los días conseguía mi pequeña victoria, y nadie podía arrebatármela. Y cuando no corría, no tenía esa sensación, así que intentaba no perderme ningún día. A medida que transcurría el verano, esperaba a que empezara el curso con una confianza nueva, no en la posibilidad remota de que me cogieran en el equipo de hockey, sino en mí misma.

Y de repente era otoño, empezó el curso e hice la prueba para el equipo. Estaba nerviosa, claro. Escuché todo lo que nos dijo la entrenadora, Margaret Birch, y seguí las instrucciones al pie de la letra. Y pasó una cosa increíble: como no me cansaba, ni me quedaba sin aliento, ni me dolían los músculos, podía aprender las técnicas más rápido que otras principiantes. Cuando empezamos a jugar, ya podía correr con las mejores. Guau, ¿cómo había pasado eso? Cuando entré en el equipo júnior hubo vítores de alegría, y nunca una chica ha llevado una equipación de hockey con tanto orgullo como yo.

Además, estaba sumamente agradecida. Como no entendía muy bien cómo funcionaba la forma física, pensaba que había descubierto la magia. Cuarenta y cinco

años más tarde, sigo pensando que es magia... pero me estoy adelantando.

Empecé a creer que mientras siguiera corriendo, la magia seguiría conmigo, pero si dejaba de hacerlo, la perdería, cosa que, de hecho, es verdad. Correr era mi Arma Secreta. Tenía miedo de que, si se lo contaba a los demás, pensarían que estaba chiflada con esas cosas mágicas, así que lo hacía sola y con discreción. Tener un Arma Secreta me dio la confianza para probar otros deportes, y también me cogieron en el equipo de baloncesto. Después descubrí que, de alguna manera, el Arma Secreta también funcionaba cuando quería participar en otras actividades, como unirme al comité del baile o escribir para el periódico del instituto.

Empecé en el periódico porque hablaba muy poco de deporte femenino (algunas cosas no cambian nunca) y quería dar mi equipo a conocer. Me encantaba mi equipo: las chicas eran como yo (algunas eran marimachos y otras reinas del baile) y me sentí mal por haberlas juzgado sin conocerlas. Todas lo dábamos todo en el campo, y aunque veníamos de entornos sociales y económicos distintos, acabamos pasándolo bien juntas en otras ocasiones, como bailes, partidos de fútbol o fiestas de pijamas, fuera del alcance de los grupitos maliciosos del instituto.

Mis amigos me llamaban Kathy, pero para los más cercanos era Switz. Kathy me parecía demasiado frívolo para firmar mis artículos de deportes, pero el asesor académico no me dejaba usar Switz, aunque a mí me parecía muy guay. Gracias a mi padre, el cajista (sí, por aquel entonces había que componer los moldes para imprimir) siempre me cambiaba Kathrine por Katherine. Como me molestaba que corrigieran mi nombre mal escrito para cambiarlo por uno que no era el mío, a menudo firmaba solo con mis iniciales, K. V. Switzer. En aquellos

tiempos estaba leyendo *El guardián entre el centeno* y estaba loca por ese libro. J. D. Salinger era como un dios para mí, y T. S. Eliot y E. E. Cummings le seguían de cerca. Así que me encantaba ser K. V. Switzer, redactora de deportes.

Al final de mi primer año de instituto, estaba cansada de ser flaca. Llevaba diez meses haciendo ejercicios para desarrollar los pechos, pero no había funcionado. También había comprado compresas, pensando que así me vendría la regla. Entonces, en una de las docenas de revistas de mi madre que estaban por toda la casa, encontré un artículo fascinante sobre las calorías de la comida y el gasto calórico. Las dos comidas con más calorías eran la mantequilla de cacahuete y el chocolate, y el artículo aconsejaba comer temprano para gastar calorías y contribuir a la pérdida de peso. Eso tenía mucho sentido para mí, así que todos los días me tomaba un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada y un vaso de leche con chocolate antes de ir a dormir. El año siguiente engordé siete kilos y crecí casi diez centímetros. Nunca sabré si la mantequilla de cacahuete ayudó a acelerar la pubertad o si estaba a punto de todas maneras, pero de repente era una mujer. Nunca olvidaré la cara de mi padre el día que se me quedó mirando y luego se fue a la otra habitación a hablar con mi madre. Solo pude escuchar una parte de la conversación: «Cielo santo, ¿cuándo ha pasado esto?».

Como corría todos los días, me adapté sin contratiempos a mi nuevo cuerpo. Me encantaba tener la regla; la regularidad cíclica me hacía sentir parte de la naturaleza, igual que los cambios de estación. Parecía que mi peso nuevo me hacía más fuerte, y añadí flexiones y levantamientos de piernas a mi rutina. Mi hermano decía que los profesionales de verdad hacían sentadillas

completas con una sola pierna, así que empecé a hacer diez de esas con cada lado. También trepaba la cuerda que mi padre nos había puesto en el patio trasero.

Aunque me tomaba en serio estar en forma, en aquel momento no me apasionaba convertirme en una deportista profesional algún día. En primer lugar, esa opción no existía, así que no la deseaba, como sí que hacía Billie Jean King de pequeña, cuando quería jugar a béisbol profesional con los hombres. Por supuesto, podría haber sido muy diferente si hubiera habido atletismo profesional, como ocurre hoy en día. En todo caso, la segunda razón es que quería dedicarme a algo que aprovechara mi educación. Hoy en día esto suena fatal, pero cuando yo estaba creciendo, se pensaba que la gente que se ganaba la vida con su cuerpo (y eso a menudo incluía a los deportistas) era digna de compasión, porque no tenía o la educación o la inteligencia necesarias para un trabajo ejecutivo. Quería mantener ambas cosas en equilibrio: la idea del escritor romano Juvenal de *mens sana in corpore sano* tenía mucho sentido para mí.

Había otro personaje de la Antigua Roma que me fascinaba. Me quedaba boquiabierta con las fotos de la estatua de Diana cazadora. Me encantaban el aspecto y las sensaciones de mi nuevo cuerpo, y me comparaba desnuda en el espejo con la estatua, maravillándome de las semejanzas de nuestros cuerpos y, sí, también de nuestros espíritus. Diana era atlética, femenina y calmada, y también tenía pechos pequeños, así que era mi nuevo modelo a seguir. Me sentía tan cómoda en mi propio cuerpo como ella, y cuando los chicos empezaron a tirarme los tejos en la escuela, no era un blanco fácil. No necesitaba su atención para subirme la autoestima. Aunque no había recibido ninguna educación sexual, correr me daba la suficiente confianza física como para desanimar a aquellos

pobres raritos. En mi cabeza, no tenía ninguna duda de que aquello se debía a correr y de que era magia de verdad.

Probablemente suene raro que escogiera a una diosa mitológica como ejemplo a seguir, pero el caso es que no tenía ningún referente de deportistas modernas hasta los Juegos Olímpicos de Roma, en 1960. Pero incluso entonces, junto a las elegantes imágenes de Wilma Rudolph ganando los 100 y los 200 metros lisos, hubo una foto chocante de Tamara Press, la lanzadora de peso soviética, que nunca olvidaré. En la imagen aparecía en pleno gruñido, con los brazos como jamones, un michelín en la cintura y los tirantes roñosos del sujetador asomando. Me daba miedo: ¿era eso lo que significaba ser una mujer deportista? Un montón de gente creía que sí, y si a mí me molestaba, puedo imaginar cómo desanimaba a otros miles de lectores de la revista *Life*, incluyendo a un montón de chicas jóvenes que huirían de los deportes para siempre.

Por aquel entonces no lo sabía, pero los Juegos Olímpicos de Roma trajeron consigo otra novedad en la percepción de las capacidades de las mujeres: era la primera vez en treinta y dos años que se disputaban los 800 metros lisos femeninos. En la Antigüedad las mujeres ni siquiera podían ver los Juegos Olímpicos, bajo pena de muerte, y no les permitieron participar en los primeros Juegos modernos, en 1896. Después de muchas protestas, en 1900 se las admitió en el golf, el tenis y el cróquet. En 1928 se incorporó el atletismo femenino. La prueba más larga eran los 800 metros (dos vueltas al estadio). Las tres primeras mujeres se disputaron duramente la carrera y Lina Radke batió el récord del mundo; después, se dejaron caer sin aliento, que es lo que pasa cuando corres 800 metros a tope. Esta «demostración de agotamiento» horrorizó a los espectadores, a los organizadores y, lo que es peor, a los medios. Harold Abrahams, el formidable corredor olímpico

y periodista cuyas hazañas inspiraron la película *Carros de fuego*, escribió que aquel espectáculo de extenuación era una vergüenza para la feminidad y un peligro para todas las mujeres. Recomendó que esa prueba se eliminara de los futuros Juegos Olímpicos, y así fue.

Para la gente de 1928, esas corredoras eran aún más horripilantes que Tamara Press para mí. Durante los siguientes treinta y dos años, las mujeres que querían correr más de 400 metros tuvieron que demostrar una y otra vez que no eran débiles ni frágiles, que no estaban poniéndose en peligro ni siendo una vergüenza para la feminidad. Los hombres podían correr los 1500 metros lisos, los 3000 con obstáculos, el 5000, el 10 000 y la maratón (42,195 kilómetros), pero cualquier carrera larga para mujeres se consideraba un peligro. Hacer que los 800 metros femeninos volvieran a los Juegos Olímpicos en 1960 supuso una dura batalla, y cualquier carrera más larga era objeto de grandes controversias y debates médicos.

Al mismo tiempo, muchos otros deportes tenían una versión modificada para chicas, para protegerlas de hacerse daño a sí mismas. Curiosamente, el hockey sobre hierba era igual para ambos sexos a pesar de su exigencia, pero el baloncesto era el ejemplo perfecto: en los años 60, las chicas jugaban a una versión que limitaba cuánto podían correr, con seis jugadoras, un límite de tres botes y una línea central que no podían pasar. Cuando entrevisté a la entrenadora del equipo de baloncesto femenino para el periódico del instituto y le pregunté si alguna vez jugaríamos a la misma versión que los hombres, me contestó que nunca lo haríamos. Según ella, el excesivo número de rebotes podía desplazar el útero. Casi me río en voz alta. Diez años más tarde, había mujeres con becas completas para jugar al baloncesto «de hombres» en universidades de la Big Ten.

En tercero me eché un novio, Dave, y me cambié a un instituto nuevo, el George C. Marshall en Falls Church, Virginia. Dave era divertido. Jugaba de centro en el equipo de fútbol y, como su padre tenía el mismo rango en la Marina que el mío en el Ejército de Tierra, teníamos mucho en común. Todos los viernes por la noche, después del partido, Dave y su amigo Larry, que jugaba de defensa, venían a casa cansados, felices y magullados. Hacíamos pizza casera y hablábamos del partido. Muchas veces les contaba cosas de mis partidos de hockey o de baloncesto, y siempre me tomaban en serio. Presumíamos de quién podía hacer más flexiones; ahí yo no tenía nada que hacer, pero siempre les sorprendía que pudiera hacer más abdominales y levantamientos de piernas que ellos. Me pasaba el año esperando al día de los deportes del Consejo Presidencial sobre Aptitud Física. Entre otras cosas, nos hacían pruebas de abdominales en un minuto (gané a los dos chicos, con sesenta y tres) y una carrera de 600 yardas (548 metros). Era la chica más rápida, pero ellos me ganaban y eso me molestaba. Una noche presioné un poco a Dave y Larry, preguntándoles cuál creían que era el límite aceptable para que las mujeres hicieran ejercicio. Les costó definirlo, pero finalmente estuvieron de acuerdo en que no les gustaba cuando las mujeres se esforzaban tanto que el sudor les traspasaba la camiseta. Yo no tenía ninguna opinión al respecto, simplemente tomé nota de la observación. No sudaba demasiado... todavía.

En el último año de instituto Dave y yo salíamos en serio, estábamos enamorados, nos habíamos intercambiado los anillos de graduación y estábamos planeando casarnos después de la universidad. Ahora me parece increíble imaginar en qué estaría pensando, ya que a los dieciséis ya teníamos nuestros planes en marcha. Dave iba a ser oficial de la Marina, y su único sueño adolescente era seguir los